

y la acompañan como el polvo acompaña á las grandes ruedas del landó. A la puerta de los teatros de moda, á la de las casas donde se celebran saraos, arremolinase la golfería, apiñada, inquieta, con familiaridades democráticas y curiosidades decadentes. Van á ver qué queda en la estela de los poderosos; van con la vaga esperanza de que caiga alguna alhaja, alguna presa, el rico pañuelo, el abanico de nácar y oro, la joya que se desprende, el monedero que resbala... No ha mucho, á la puerta del teatro de la Comedia, en Madrid, una dama perdió un hilo de perlas que valía un millón. No se lo robaron, no lo cortaron con tijeras, porque entonces, alguna perla suelta aparecería en el suelo. Sencillamente, desabrochóse el cierre, y el hilo se deslizó por la falda de seda. Pero allí había, en acecho, esa patulea que no compra entrada, que aguarda á los que salen, y avizora la pesca en río revuelto. Y es probable que ni llegase al suelo el collar. No hubo medio de recobrarlo, aunque la dama notó instantáneamente la pérdida.

Yo comparo el pavimento de Madrid al mar: lo que en él se cae... rezarle por el alma. Y es que las calles no están pobladas de transeúntes que van á lo que les interesa ir, sino invadidas por una población flotante de vagos, descuidados y buscavidas; cien ojos espían incesantemente al pacífico que se encamina á su negocio ó pasea por higiene. Cien pupilas os devoran; cien manos color de morcilla extremeña, aparentemente extendidas para que dejéis caer en ellas el centimico, se alargan hacia la bolsa, los lentes, el alfiler, el paraguas, la sombrilla, el paquetito que acabáis de sacar de la tienda, hasta la flor que habéis comprado ó con que os ha obsequiado un amigo!

* *

La segunda hoja del diptico. ¡Los guardias!

Es evidente que si en otras grandes capitales la policía no se opusiese, habría más golfos y más mendigos acosones que en Madrid. Vagancia, miseria y ociosidad, en todas partes podrán registrarse; la diferencia es que la sociedad combate ó no esas plagas hasta reducirlas, ya que no las extirpe.

Apetitos despertados por el espectáculo del lujo no han de faltar en París, y el grado de exasperación á que pueden llegar después de un periodo de hambre, dígalo la horrible etapa de la *Commune*. Y sin embargo, París no se rasca de esa lepra, como se rasca, impaciente unas veces, otras resignada, la corte española.

En gran parte se debe la pulcritud de París á la policía. Bien organizada, culta, seria, convencida de sus deberes y dispuesta á que se respeten sus derechos, la sentimos como fuerza defensora y vigilante, que nos guarda las espaldas, que nos auxiliará, si es preciso. En Madrid principiámos por notar su ausencia siempre que su presencia hace falta. El absentismo de los guardias ante el desorden, el delito y el crimen, ha pasado á ser tradicional. En cambio, se les encuentra solícitos para hacer cumplir las órdenes molestas, para hilar las inaguantables filas que se establecen y son causa de que, en ciertos días, sin necesidad alguna, se interrumpan las comunicaciones en todo Madrid. Se les encuentra también, insolentes y mal hablados, alrededor de la Plaza de toros, cuando hay corrida, importunando á los cocheros ante los teatros, y en cualquier sitio donde puedan ocasionar algún vejamen al espectador que ha pagado su dinero ó que va provisto de invitación en regla; á la gente, en suma, que no ha de cometer desmán alguno—que es á la que tienen entre ojos.

En las fiestas (?) del Centenario del *Quijote*, he dicho, si mal no recuerdo, lo que sucedió: la chusma fué dueña de Madrid, y para llegar, por ejemplo, á los palcos de la batalla de flores, que el Ayuntamiento vendía, hubo que luchar con una cabila, así como para escuchar á los orfeones hubo garrotazos, puñadas, coces y tiros. Yo no sé por qué se asustan de la palabra *anarquía* las gentes timoratas. ¿Qué mayor anarquía que el desorden erigido en costumbre, y que la autoridad misma se declara impotente para refrenar? «No podemos», me han dicho á mí los guardias al rogarles que abriesen un camino por donde llegar á las tribunas; y el *non possumus* de los que deben garantizar el derecho, me parece peor que la anarquía franca, ya conocida, y en la cual cada uno sabe que ha de mirar por sí.

* *

Por lo tanto, yo estoy con el señor gobernador y el señor alcalde, las dos escobas nuevas, que se han dedicado á la meritoria tarea de barrer y desarañar la heroica villa; y les deseo buena suerte y completa victoria sobre la golfemia tenaz. Sólo me apremia un

temor, sólo me congoja un escrúpulo. Temo yo que esta labor de escoba nueva afloje, apenas se gaste el palmito, y apenas se retire allende los Pirineos el huésped. Porque se me figura—Dios me perdone la malicia—que algo de este nunca bien ponderado entusiasmo desinfectante y europeizador se debe á la próxima visita de M. Loubet.

Cuando se espera semejante evento, fíjase hasta involuntariamente la atención en las deficiencias del hospedaje y en los bochornos á que tales deficiencias nos exponen. ¿Qué dirán las naciones extranjeras, qué dirá el forastero ilustre, al contemplar ese Madrid invadido por la corte de los Milagros, como estaba el París del tiempo de Claudio Frolo? El efecto pintoresco de tanto haraposos típico, ¿compensará el efecto triste de tanto atraso? ¿Podrá el color local encubrir el rubor de la vergüenza?

Por fin, en el fracasado Centenario, los que saldrían maravillados de cómo andan las cosas de España fueron cuatro sabihondos de Universidad noruega ó rusa, cuatro cervantófilos trasconejados, cuatro corresponsales ó corresponsales de diarios más ó menos anglosajones. ¡Pero ahora! La Europa va á contemplarnos por los ojos del jefe de un Estado cultísimo, del presidente de una República que todavía no ha abdicado el cetro de la civilización moderna y refinada. Es preciso afeitarse á Madrid la barba de ocho días, fregarle la roña, olearle, desinfectarle, raparle, vestirle de rayadillo...

Asombro y no pequeño sería para M. Loubet verse asediado por la cáfila de pediguños que nos acosan en las calles más céntricas. A un lado, el cesante de cinco años; á otro, la viuda con doce chicos; á la derecha, el *artista* sin trabajo, que postula en voz cavernosa, como si os amenazase con el saqueo y el incendio; á la izquierda, el ancianito desdentado, que se alaba de ochenta años y de una existencia sin pan; y en todas direcciones, enhebrados por todas partes, los granujillas, los golfos y las golfas, el que tiene más hambre que un oso y el que no se ha desayunado desde hace seis días, el que nunca tuvo padre ni madre y los mil que seguramente no han visto una palangana desde que nacieron...

Loubet, cortés, sonreiría á esta exhibición que no carece de *chic*, susurraría cuatro amabilidades, y como hacen los extranjeros bien criados, exclamaría en alta voz que todo eso es encantador, que nuestra hampa tiene un aire de hidalguía inconfundible, y que le hace suma gracia su modo de mendigar... Pero, apenas hubiese vuelto la espalda, en la intimidad, donde se suelta la lengua y se abre el corazón, hablaría de *saleté*, de *haillons soráides*, y refunfuñaría acaso:

—*Drôle de ville! Comment peuvent-ils vivre, perscutés nuit et jour par les gueux?*

* *

Y si es eso lo que se quiere evitar..., bueno está que se evite; pero será malo que, como sucede en ciertas casas y en ciertas familias, sólo se haya puesto ropa limpia á las camas y se hayan fregado los pisos porque viene un señor que no es de confianza.

Todo lo que se haga antes de Loubet debe seguir haciéndose, con mayor eficacia si cabe, cuando los francesitos cierren la maleta y se vuelvan pian piano á su hermoso y bien administrado país. Hay que desterrar de una vez la plaga, y no desterrarla escondiendo á los mendigos, sino reintegrándolos en la normalidad y moralidad incompatible casi con el pordioseo, dentro de las leyes del moderno vivir. Hay una escuela sociológica que considera penable, no al que pide, sino al que da limosna en la vía pública; sin llegar á este extremo, yo reconozco que el limosneo no se hace por caridad, ni por altruismo, ni por filantropía, ni por ninguno de los sentimientos elevados y puros, llámense como se llamen, sino meramente por librarse de una molestia, de un moscone que interrumpe la conversación, no deja comprar en la tienda, no permite mirar en paz un escaparate; por alejar al mamón que berrea, á la borra que hiede, á la vieja que representa la estampa de la herejía, al obrero que os enseña un muñón de brazo, al lisiado que se lamenta, al ciego que rasguea el guitarrillo...

* *

Caridad la hay en Madrid, quizás sólo falta encauzarla; los que deseen extinguir la mendicidad deben consagrar á los asilos lo que daban antes en infecundo y contraproducente ochaveo. Y lo harán, si se persuaden de que las escobas viejas son tan barredoras como las nuevas.

EMILIA PARDO BAZÁN.

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

El Gobernador y el Alcalde de Madrid, en calidad de escobas nuevas, han decidido barrer los golfos, mendigos, busconas, hampones, perdularios, artistas de la miseria y otros gusanillos de la gusanera matritense.

Y me doy prisa á explicar la palabra *gusanos*, no vaya á incomodarse alguien, como se incomodó un señor, paisano mío por más señas, porque dije que los inquilinos menesterosos deshonraban los viejos palacios nobiliarios de Salamanca.

Yo daba á la palabra *deshonra* el sentido estético que suele dársele, y que claramente sugería el contexto de mi artículo. Estéticamente, históricamente, deshonran un edificio blasonado donde se desarrollaron altos hechos y se cobijaron insignes varones, los anafes de la cocina barata, los guñapos colgados dondequiera, la escasa policía que suele haber en las viviendas humildes—y ojalá que las salmantinas constituyan honrosa excepción.—No siempre la idea de deshonor lleva sentido moral, y por otra parte yo no ignoro que tan honrado puede ser el pobre como el rico. En esto no creo que quepa discusión. Los sentimientos no se miden por el tamaño del bolsillo. Yo conozco pobres tan excelentes que no los trocaría por cuantos millonarios respiran y holgazanean en el mundo. Pero un palacio antiguo, ilustre, me agrada más con el aparato que requiere su interesante argumento. Por desgracia sus dueños no los habitan.

* *

Y hablando de la gusanera, llamo gusanos y bicharracos á esos que ahora (más vale tarde que nunca) dan en recoger, asear y dedicar á alguna labor, no porque su mala fortuna les haya hecho necesitados, sino porque su inclinación les hace ociosos, dados á un oficio de vagancia y pereza, en que se cultiva la suciedad como una mina, como una renta la deformidad, la exhibición de lacras y postemas como una industria, y la mentira como un arte. Por eso les califico de gusanos, y califico de zánganos á los poderosos que viven en la inacción, sufriendo mayor hastío y tedio que la golfería pedigüeña y mendicante. Si los golfos trabajasen, no serían golfos. Serían abejas.

Pero justamente al trabajo es á lo que profesan ellos santo horror. Su vida es libre, bohemia, expuesta á crisis de hambre y de frío durante el riguroso invierno, infestada de parásitos especialmente en el verano, pero ¿qué les importa? Realizan ese ideal tan ibero de «echarse á la calle», de tener por pragmática su voluntad, de no depender de nadie, de no reconocer obligación, de merodear, de no saber si hay pared entre el día y la noche, de rozarse igualmente en la vía pública con los más altos, y de cultivar un romanticismo mugriento, el romanticismo picaresco de la bazofia y la vagancia.

* *

Sí; poetas burdos son; pero poetas, á su modo. Y son también, como dejó dicho, *snoobs*. La vida elegante les preocupa extraordinariamente, y la siguen,